

CIUDAD DEL MEXICO

Conferencias Magistrales JESÚS de NAZARET

Alberto Maggi

18 FEBRERO 2011

JESÚS ¿HOMBRE PELIGROSO?

I

EL PELIGRO JESÚS

Para capturar a Jesús, se desencadena una operación policial sin igual.

En ella, según el evangelista Juan, son empleados “*la cohorte, con el tribuno y los guardias de los Judíos*” (Jn 18,12).

El término *cohorte* indica un batallón, destacamento de entre seiscientos y mil soldados al servicio del procurador romano. Los *guardias*, de servicio en el templo de Jerusalén, eran alrededor de doscientos, bajo el mando de los sumos sacerdotes.

Mientras que la *cohorte* se encargaba de mantener el orden en la ciudad, a los guardias les correspondía el servicio interno del Templo.

Entre ambos cuerpos existía una profunda rivalidad y enemistad y, entre otras cosas, a los componentes de la *cohorte*, si como eran paganos, les estaba prohibido el acceso al Templo.

Ahora, sin embargo, estos dos cuerpos de policía se han unido frente a un enemigo común: Jesús.

Emplear más de mil hombres, para capturar a un solo individuo - quien, además, no solo no opone resistencia, sino que se entrega voluntariamente - y que nunca usó violencia, quiere decir que se trata de una persona extremadamente peligrosa.

¿Quién era y qué había hecho Jesús, este Galileo tan peligroso?

Sus credenciales dan lástima.

El documento más antiguo que habla de él, en el mundo judío, define a Jesús como “*un bastardo, hijo de una adúltera*” (Yeb. M. 4,13), que fue ajusticiado “*porque había practicado la brujería, seduciendo y desviando a Israel*” (Sanh. B. 434^a).

Este cuadro no mejora en los evangelios, de los que se desprende que los mismos parientes de Jesús no tenían consideración alguna hacia este extraño familiar suyo, un verdadero estorbo para todos. “*Ni tan siquiera sus hermanos creían en él*”, escribe Juan en su evangelio (Jn 7,5).

Para ellos, se trata solo de un demente, que conviene quitar de la circulación cuanto antes, pues supone un deshonor para toda la familia: “*Sus parientes fueron a capturarlo, pues decían: Está fuera de sí*”, escribe Marcos en su evangelio (Mc 3,21).

Este juicio negativo del clan familiar lo confirma también:

los Sumos sacerdotes y los Fariseos

para quienes Jesús, no es más que “*un impostor*” (Mt 27,63), y a la *locura*, añaden una connotación religiosa: la posesión diabólica (“*Tiene un demonio*”).

y está loco; ¿por qué lo escucháis?”, Jn 10,20; cfr 8,52; Mc 9,30).

Jesús era un peligro público que había que eliminar antes de que su mensaje se divulgase entre la gente. *“Si le dejamos que siga así, todos creerán en él”*, afirma Caifás durante la tensa reunión del Sanhedrín, en la que decidieron matarlo (Jn 11,48.53).

Y cuando, finalmente, las autoridades consiguen hacerse con él, lo acusan de ser un malhechor: *“Si no fué un malhechor no te lo habríamos entregado”* (Jn 18,30).

Para los Escribas,

teólogos oficiales de la institución religiosa judía,

Jesús es un *“blasfemo”* (Mt 9,3) y, como tal, merecedor de la pena de muerte. Para ellos, las obras de Jesús tienen lugar porque *“está poseído por Beelzebul y por el príncipe de los demonios expulsa a los demonios”* (Mc 3,22).

Para la Muchedumbre,

Jesús es uno que *“engaña a la gente”* (Jn 7,13); Jesús no fué consignado a Pilato solo por parte de las autoridades, sino por parte de todo el pueblo: *“Tu propia nación y los sumos sacerdotes te han entregado a mí”* (Jn 18,35), declara Pilato.

Juan el Bautista

Jesús decepcionó incluso a Juan el Bautista, no obstante éste lo hubiera reconocido como el Mesías esperado. Habiendo constatado que Jesús no se comportaba como el Mesías justiciero, según había anunciado en su predicación a las multitudes, Juan le envía un ultimatum que suena como una

excomunion: “¿Eres tú quien ha de venir, o debemos esperar a otro?” (Mt 11,3).

Los Discípulos

Y no queda ahí la cosa.

Muchos de sus mismos discípulos, una vez que han conocido el programa de este extraño Mesías, lo abandonan (“Desde entonces, muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él”, Jn 6,66), y dos los traicionarán.

EL FRACASO

Es el fracaso total para este profeta, conocido por la gente como “*un comilón y un borracho*”, uno que no frecuentaba a las personas que le habría correspondido tratar desde su status de *Hijo de Dios* o de *Mesías*; de él se conocía, en cambio, el trato amistoso hacia *publicanos y pecadores* (Mt 11,19), la escoria de la sociedad, “*gente maldita que no conoce la Ley*” (Jn 7,49), por culpa de los cuales – se pensaba - se retrasaba la venida del Reinado de Dios.

¿Por qué tanto odio e incompreensión en torno a la figura de Jesús?

¿Qué graves delitos ha cometido Jesús como para ganarse a un mismo tiempo recelo, hostilidad y rabia homicida?

¿Cómo se explica que su vida se vea abocada a un final desastroso, en la más completa soledad,

- abandonado por la familia,
- traicionado por sus discípulos,
- ridiculizado por los romanos,
- escarnecido por las autoridades religiosas,
- clavado en el patíbulo reservado a los *malditos de Dios* (Dt 21,23; Gal 3,13).

II

¿QUIÉN ERA JESÚS?

Para comprender lo que hizo Jesús, y por qué lo hizo, es necesario comprender quién era, o, mejor, quién no era, este carpintero de Nazaret de Galilea.

Jesús no fué ni un *pío Judío*, ni un *reformador* venido a purificar la religión o el Templo, como se esperaba del Mesias.

Jesús vino para eliminar el Templo y la religión.

Jesús no es tampoco un *profeta* enviado por Dios.

Jesús es el Hombre-Dios, manifestación visible del Dios invisible, el único que podía cambiar la relación entre los hombres y el Dios que el llama “*Padre*”.

Su estrecha relación con el Padre, en vez de “*con los padres*” de Israel, permitió a Jesús poner distancia respecto al mundo cultural judío, en cuyo interior había crecido y había sido educado, para dar inicio a un cambio radical e irreversible, no solo de la historia, sino de todo fenómeno religioso. Por eso el no dirige su propuesta a un pueblo, sino a toda la humanidad.

Jesús intentó, y consiguió hacer, aquello que no había sido posible a ningún profeta, reformador, o *lider* religioso.

Profetas y reformadores son individuos carismáticos, capaces de dilatar al máximo nivel su experiencia de lo sagrado, formulándola con modalidades nuevas. En un principio, probablemente, sus expresiones no

serán comprendidas, es más, serán combatidas y perseguidas, pero después, con el tiempo, llegarán a ser aceptadas y asimiladas o incluso impuestas, como denuncia Jesús (*“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres!”*, Mt 23,29-32).

Jesús fué más allá.

El no se movió dentro del ámbito de lo sagrado. Salió fuera del mismo.

Cristo no solo ignoró en su vida y en su enseñanza todo lo que era considerado sagrado, sino que lo desenraizó, y por esto pudo mostrar la podredumbre de sus raíces.

Para Jesús, la religión no solo no permitía la comunión con Dios, sino era lo que la impedía. De hecho, la institución religiosa, en vez de favorecer la relación con Dios, se había convertido en un grave obstáculo para la misma. Y Jesús denuncia que los jefes religiosos, llamados a ser luz, se habían convertidos en tinieblas (Jn 10,41).

Este fué el gran delito de Jesús.

Su crimen no fué otro que haber abierto los ojos a la gente, mostrando a todos el “rey desnudo” de esa impostura llamada religión (por *religión* se entiende el conjunto de acciones, comportamientos y sentimientos que el hombre debe hacer y tener para con su dios).

Por esto fué asesinado.

Jesús fué aniquilado por la institución religiosa judía con el pleno consentimiento de los Romanos.

El Sumo sacerdote, y el Procurador Romano, intuyeron que Jesús, destruyendo las bases sagradas sobre las que se regentaba la sociedad, podía llevar a su mundo a la ruína.

III

EL HIJO DEL HOMBRE

Jesús pudo comportarse de esta manera porque, y es la definición que él da de sí mismo, es el *Hijo del Hombre*, expresión que traduce el arameo *bar nash(a)*, [hebr. *ben' adam*] “*hijo de hombre*”, y significa simplemente *hombre*.

El *Hijo del hombre* es un tema crucial para la comprensión de la figura de Jesús y de su actividad.

En los evangelios *Hijo del hombre* es, a continuación del nombre propio, la denominación principal de Jesús (Mt 8,20). Un dato que revela la importancia de esta denominación es que la misma aparece siempre en los labios de Jesús, quien la atribuye a sí mismo (excepto un caso, Jn 12,34, en que aparece como respuesta de la multitud).

La expresión no es originaria de los evangelistas, está tomada del Libro de Daniel (Dn 7,13-14), donde se describe un sueño, en el cual el profeta ve la sucesión de cuatro imperios, representados por las bestias, símbolo de crueldad y deshumanización, con las cuales eran indicadas las naciones paganas (Jer 4,7; 5,6; Ez 29,3; 32; Sal 57,3).

Desde el interior del Mar Mediterráneo, agitado por los “*cuatro vientos del cielo*”, salían “*cuatro grandes bestias*”. “*La primera era similar a un león y tenía alas de águila*” (Dn 7,4).

El **león**, la bestia más importante, representa a Nabucodonosor, y era una figura del imperio de Babilonia; la segunda, “*semejante a un oso*” que está devorando “*tres costillas*” (Dn 7,5), es presentada medio tumbada y medio levantada: está devorando, pero al mismo tiempo esta en posición de ataque. Esta bestia representa el reino de los Medos, conocidos por su gran ferocidad (Is 13,17), que sucedieron inmediatamente a los babilonios.

La tercera, “*semejante a un leopardo*” con “*cuatro alas de ave a su dorso y cuatro cabezas*” (Dn 7,6), indica el reino de los Persas, un poder universal y capaz de desplegarse rápidamente hacia las cuatro direcciones de la tierra.

Por último, la cuarta bestia, que supera en ferocidad a todas las otras, “*una bestia espantosa*” (Dn 7,7), insaciable e implacable, hasta el punto de no poder ser descrita, si no por los “*diez cuernos, y los dientes de hierro*”, indica el reino de Alejandro y de sus sucesores (los diez cuernos son los reyes de la dinastía de los Seleúcidas).

La aparición de las cuatro bestias, una más feroz que las otras, indica que ninguna de ellas contribuye a humanizar al género humano, ni a mejorar su existencia; al contrario, la empeoran cada vez más, a causa del aumento gradual de ferocidad.

En el curso de la visión, Daniel habla de uno “*como un hijo de hombre*” (Dan 7,13), o sea un hombre, que recibe el poder que antes ostentaba el rey Nabucodonosor: “*Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de Hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fué llevado a su presencia. A él se le dio poder, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron*” (Dn 7,13-14; 4,33; 5,18).

Es el hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza (Gen 1,26), que es llamado a dominar a las fieras (Gen 1,28; 9,2), su dominio será eterno y su reino no tendrá fin.

El mensaje de Daniel, es que Dios destruye a los poderes políticos deshumanos que, con su injusticia y crueldad, oprimen a los pueblos. Después de haber reducido a la ruina y a la impotencia estos reinos, Dios inaugurará un reino universal de carácter humano, digno del hombre.

No surgirá un imperio más, para añadirse a la serie, sino que se instaurará una nueva manera de reinar, humana, no bestial, garantizada por el *hijo del hombre*.

En una época posterior al libro profético, la literatura rabínica interpretó esta figura humana como una representación del Mesías.

Los evangelistas identifican en este hombre a Jesús; en modo particular, Marcos, narra que Cristo en el desierto “*estaba entre las bestias*” (Mc 1,13).

En los evangelios, *el hijo del hombre* (*Ho huios tou anthrôpou*), indica aquél que actúa en la tierra como Dios mismo (Mt 9,6), aquél que hace presente lo divino y su fuerza de vida, en la historia humana, y por esto representa el máximo de la humanidad, el Hombre por excelencia.

Con la imagen del *hijo del hombre*, los evangelistas quieren indicar el triunfo de lo humano sobre todo aquello que se le opone, es decir, la progresiva desaparición de los sistemas que obstaculizan el desarrollo del hombre, y, en consecuencia, la posibilidad, para la humanidad, de avanzar en el camino de su maduración y plenitud.

Jesús conduce al hombre a una plenitud humana tal, que incluye la condición divina, y realiza así plenamente la creación del hombre. Según el plan de Dios.

Su compromiso, de amor ilimitado a los hombres, le hace desplegar al máximo las posibilidades humanas y, al mismo tiempo, pone a Jesús en plena sintonía con la realidad divina, que,

siendo amor (1 Jn 4,8), no puede dejar de comunicársele.

Por tanto, el *hijo del hombre* aparece como el punto de encuentro entre el culmen de la realidad humana y la realidad de Dios, el lugar donde se encuentra, y se funde, lo humano con lo divino (“*Veréis el cielo abrirse y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre*”, Jn 1,51).

En el *hijo del hombre* los evangelistas unen dos conceptos: el del *Hombre* por excelencia y el del prototipo de toda la humanidad. Situado en el vértice de la condición humana, Jesús es, al mismo tiempo, modelo y meta para todos.

Por eso Jesús es:

- el *Hijo del Hombre*, porque en él se manifiesta el hombre en su condición divina.

y

- *el Hijo de Dios*, porque en él se manifiesta Dios en su condición humana.

El Mesías, contrariamente a las expectativas del pueblo, no será un dirigente político, sino aquél que detiene la plenitud humana y, con ella, la condición divina, y su misión es abrir a los hombres el camino hacia una plenitud como la suya.

Jesús no es un soberano al que someterse, sino el modelo de hombre al cual cada uno puede aspirar.

La plenitud alcanzada por Cristo no es, sin embargo, un privilegio único; Jesús, “*El que bautiza en Espíritu santo*” (Mt 3,11; Mc 1,8; Lc 3,16; Jn 1,33), comunica a todos ese mismo Espíritu que está en él.

La participación del Espíritu recibido por Jesús, indica que otros hombres entran en el camino de la plenitud humana, y que la denominación *el Hijo del hombre* les incluye también a ellos (*“De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia”*, Jn 1,16).

El compromiso de amor de Jesús, por todo lo excepcional y extraordinario que pueda parecer, está dentro de las capacidades humanas.

IV

DEL PODER AL SERVICIO

Jesús, *hijo del hombre*, plenitud de la humanidad y manifestación visible del Dios que “*nadie ha visto nunca*” (Jn 1,18), en su enseñanza, y en sus obras, se mostró como un Dios al servicio de los hombres (Mt 20,28; Mc 10,45; Lc 22,27; Jn 13,1-16), y destruyó el concepto de *dominio*, proponiendo, y demostrando, que él era un *Dios liberador*.

La imagen que Jesús propuso, completamente desconocida en el panorama religioso de la época, cambia radicalmente el concepto de Dios, y señala el paso de la *religión* (entendida como aquello que el hombre debe hacer para Dios) a la *fe* (aquello que Dios hace para el hombre): para Jesús no es el hombre que está al servicio de Dios, sino Dios al servicio de los hombres.

En Jesús se manifiesta un Dios que no está lejos de la gente, y no está relegado en un templo, sino un Dios que pide al hombre ser acogido, para poder fundirse en él, ampliar su capacidad de amar, y ser una cosa sola.

Con Jesús, la distancia que separa a los hombres de Dios es por lo tanto eliminada, y los hombres son el único verdadero santuario desde el que se irradia el amor de Dios.

Un santuario que no es estático, como el de Jerusalén, sino dinámico, en el que el hombre ya no vive para Dios, sino de Dios, y con él, y cómo él, dirige su amor a todos los demás, especialmente a aquellos que fueron excluidos por la religión,

porque, para Jesús, ningún hombre puede ser considerado como impuro (Hch 10,28).

Si Dios no está lejos de los hombres, sino que se convierte en una realidad sólo con él, todas las mediaciones que la religión había creado para la relación entre Dios y los hombres, van cayendo una tras otra, desde el templo a la ley, al culto, al sacerdocio.

Con Jesús, se derrumba también uno de los pilares de la espiritualidad: la categoría del mérito. Mientras la religión tiene un Dios que premia a los buenos, y castiga a los malvados, el amor del Padre de Jesús no distingue entre los que lo merecen y no, sino como el sol y la lluvia, ofrece vida a todos (Mt 5,44-48).

El amor de Dios no hay que merecerlo, sino que hay que acogerlo. Su amor no es un premio que se da al que se lo merece, sino un regalo, que depende de la generosidad de quien lo dona.

El Padre de Jesús no se siente atraído por los méritos y las virtudes de los hombres, sino por sus necesidades. Por eso, Jesús enseña que para acercarse al Señor el hombre no debe ser puro, sino que es la acogida del Señor lo que lo purifica.

Por lo tanto, se puede entender que todo esto fué como un terremoto, que echaba por tierra no sólo a la institución religiosa, sino también a la sociedad civil que se basaba en ella.

En cada religión, se enseñaba que el hombre tenía la tarea de servir a su Señor, un Dios presentado siempre como un soberano muy exigente, que continuamente demandaba ofrendas de los hombres, substrayéndoles cosas, tiempo, energías.

La nueva imagen propuesta por Jesús, es la de

un Dios al servicio de los hombres,
un Dios que, en vez de *quitar, dona*, y que, en vez de *disminuir* al hombre, lo *potencia*,
un Dios que no *absorbe* las energías de los hombres, sino que le *comunica* la suya,
un Dios que no pide *ofrendas*, sino que se *ofrece* para enriquecer la vida misma de los hombres,
un Dios que, siendo amor, no obliga, sino que propone.

Este nuevo rostro de Dios, comporta una profunda transformación no solo en la relación del hombre con Dios, sino, como efecto ineludible, cambian también las relaciones recíprocas entre los hombres, y se inaugura un nuevo tipo de encuentro del que queda excluída cualquier forma de dominio: si el mismo Dios no domina a nadie, estando al servicio de todos, no existen ya razones para dominar a los otros, y aún menos para hacerlo en su nombre.

La nueva relación que Jesús propone entre el Padre y los hombres, provoca de hecho un desbarajuste tanto en la sociedad religiosa como en la civil, que se sienten amenazadas en sus mismas raíces.

Esto causa la alarma y el pánico en ámbitos donde el concepto de libertad era del todo desconocido, en los cuales el dominio y el poder eran ejercidos y legitimados por la religión.

Dios-Patria-Familia

Jesús, en su programa de liberación total del hombre, pondrá en guardia a su comunidad ante los tres grandes valores que la sociedad considera sagrados, es decir aquellas realidades tan importantes que, para defenderlas, se considera lícito disponer de la vida de los otros o sacrificar la propia, pero que para Jesús constituyen solo una tríada satánica, es decir contraria al plan del Creador: *Dios-Patria-Familia*.

La fascinación que ejerce la tríada “*Dios-Patria-Familia*”, es bien potente: a través de la sumisión, y de la obediencia a los valores propuestos por la *Religión*, por el *Estado*, por la *Familia*, resulta que cuanto más se siente uno solidario y partícipe de esos poderes, y defendido por aquellos, más se mira con horror la tentación de la libertad, pues ésta deja a la persona sola y vulnerable.

El consentimiento total, acrítico, hacia los principios de la tríada, preserva a la persona del riesgo de cometer errores: sus leyes indican exactamente cómo comportarse, y sus representantes se ofrecen como guías severos, pero paternos. En caso de incurrir en la transgresión de alguno de estos valores (violación que se denomina *desobediencia*, *pecado* o *infracción*, según cuál sea el valor quebrado), la persona es reinsertada benévolamente dentro del sistema mediante un *castigo*, una *penitencia* o una *multa*.

Ahora bien, mientras existe cierta tolerancia respecto a las transgresiones, no sucede así con la disidencia, que es vista como un gravísimo atentado a la conservación del poder y es, por tanto,

perseguida con extrema dureza. Los sometidos no se pueden permitir el lujo de tener una opinión diferente de la que les imponen los representantes de estos valores sagrados: *el sumo sacerdote, el rey, el padre*.

Jesús, para quien el único valor sagrado es el bien del hombre, que se expresa en la plena libertad y dignidad, denunciará que esos valores considerados sagrados, y que, aparentemente favorecen al hombre, asegurándole un fundamento social estable, son en realidad el principal obstáculo para la realización del proyecto de Dios sobre la humanidad: que cada hombre llegue a ser su hijo y alcance la plenitud de la condición divina (Jn 1,12), que llegue a ser él mismo *Señor* (por “*señor*” no se entiende la persona que emite órdenes, sino aquél que no tiene a nadie a quien obedecer).

Esto es precisamente lo que causa alarma en la sociedad civil y religiosa: que el hombre alcance la condición divina, que se convierta él mismo en *Señor* y, en cuanto tal, sea ingobernable (“*Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios...*”, Hch 4,19).

Jesús, el hombre que ha alcanzado la plenitud de la condición divina, sufrirá una persecución cruel y encarnizada precisamente por esto: “*Per eso los Judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no solo quebrantaba el sabado, sino que llamaba a Dios su proprio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios*” (Jn 5,18).

La adhesión de los discípulos al *hijo del Hombre* será para ellos también causa de persecución ineludiblemente.

Todos aquellos, creyentes o no, que se alinén con los valores del hijo del hombre, y los defiendan, encontrarán hostilidad y odio de parte de la sociedad.

Todo poder, desde el menos llamativo, pero no menos mortífero de la familia, hasta el civil y el sagrado, quiere impedir la plenitud humana representada por Jesús.

Estos poderes, persiguiendo a cuantos comulgan con los valores del hijo del hombre, demuestran, de hecho, ser enemigos de la humanidad.

Jesús advierte a los suyos: dichos poderes intentarán impedir y anular la proclamación del mensaje, y a los anunciadores de la buena noticia les espera la misma suerte que a Jesús:

- ser condenado a muerte como blasfemo en nombre de Dios, por parte de los representantes de la religión,
- ser perseguido como un peligroso rebelde por parte del poder civil,
- y ser abandonado y rechazado por la familia.

Los enemigos u obstáculos a la realización del proyecto divino son identificados por Jesús en

La Religión,

donde el dominio era ejercido en nombre de Dios, y llegaba hasta donde no tenían acceso los otros ámbitos de poder: la parte más íntima de la persona, la conciencia.

Jesús advierte los suyos: *“Os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas...”* (Mt 10,17); *“Llega la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios”* (Jn 16,3).

La Nación,

donde quien detentaba el poder hacía la ley a su antojo y oprimía impunemente a los súbditos: “*por mi causa seréis llevados ante gobernadores y reyes...*” (Mt 10,18);

La Familia,

donde el varón era el dueño indiscutible de la mujer y de los hijos: “*Seréis entregados por padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros, y seréis odiados de todos por causa de mi nombre...*” (Lc 21,16-17);

La alternativa de Jesús

A estos falsos valores, que impiden el crecimiento y la maduración del hombre, manteniéndolo en un estado infantil de sumisión y de obediencia, Jesús opondrá los verdaderos valores que, comunicando a las personas energía divina, serán factores de crecimiento para cada uno, y le permitirán realizar en su vida el proyecto divino: que cada hombre llegue a ser hijo de Dios, mediante la practica de un amor semejante al suyo (Jn 1,12; Ef 1,4).

De la familia a la comunidad

“El hermano entregará a la muerte al hermano, el padre al hijo, y los hijos se alzarán contra los padres y acabarán con ellos” (Mt 10,21).

Cuando Jesús afirma que *“los enemigos del hombre serán los que conviven con él”* (Mt 10,36; Miq 7,6), lo hace partiendo de su propia experiencia personal.

Jesús no recibió ningún tipo de apoyo por parte de su familia, solo obstáculos.

Las relaciones de Jesús con la propia familia fueron, de hecho, una rémora continua: todos lo consideraban un demente que era necesario quitar de la circulación (Mc 3,20-21); nadie de su ámbito familiar creía en él para nada (Jn 7,5).

Jesús tiene palabras durísimas hacia la familia.

No son los vínculos de la sangre los que crean comunión, sino los ideales comunes, y para acogerlos está justificada la ruptura con la familia, e

incluso dejar *“mujer o hermanos o padres o hijos...”* (Lc 18,29).

Jesús amplía el angusto horizonte de la familia, vinculada por las obligaciones de parentesco, y lo extiende a cada hombre, sin distinción de pueblos ni razas. La acogida del mismo Espíritu realiza la unidad, que no es un asunto de consanguineidad: *“Dirigiendo la mirada hacia los que estaban sentados a su alrededor, dijo: ¡ he aquí mi madre y mis hermanos! El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, hermana y madre”* (Mc 3,33-35).

Para poder seguir a Jesús, y vivir su mensaje, es necesario primero no solo salir del útero materno, sino cortar decididamente el cordón umbilical, alejándose de la cálida protección del seno de la madre, reivindicando el derecho a razonar con la propia cabeza y a caminar con las propias piernas.

El seguimiento de Jesús requiere la plena libertad del individuo.

Este debe ser independiente de todo aquello que le impida la plena libertad de movimiento, incluidas aquí las mismas relaciones familiares, que por su misma constitución son denominadas *“ataduras”*, *“vínculos”*: *“El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí”* (Mt 10,37).

Jesús, sin embargo, no viene a destruir la familia, sino a liberarla de los chantajes afectivos que impiden que sus miembros puedan crecer, y puedan acceder a la plenitud de vida, a la cual Dios invita.

Por esto, Jesús pide a los hijos que desaten los nudos de dependencia respecto a sus padres, ataduras que los reducen y mantienen en un estado infantil.

Pide también a los padres que se desapeguen de los vínculos de relación hacia sus hijos, que condicionan su propia libertad, vínculos que limitan sus vidas y sus actividades al hecho de ser padres, pero que les impiden vivir en plenitud otras dimensiones de la relación *marido-mujer*, y no solo aquella de *padre y madre*.

La familia, que se siente amenazada en sus fundamentos por esta devastadora y transformante propuesta, se defiende con uñas y dientes y reacciona con virulencia poniendo en marcha una actividad de muerte. Acción que destruye una vida que, de algún modo, es también la propia: *“el hermano entregará a la muerte a su hermano...”* El vínculo normal entre los miembros de la misma familia, que debería ser la solidaridad, se transforma en odio.

A los ojos de la sociedad, los creyentes en Jesús son reos de un crimen talmente grave como llegar a anular los más estrechos vínculos familiares.

Las expresiones usadas por Jesús, acerca de esta sagrada matanza familiar, aluden a un conocido texto del Libro del Deuteronomio (Dt 13,7-12), donde se prescribe la muerte del hermano por parte del hermano, la del hijo por parte del padre, etc., en caso de que fuésen incitados a la idolatría por ellos: *“Más bien, lo matarás irremisiblemente; tu mano será la primera sobre él para matarle”* (Dt 13,9). La adhesión a Jesús resulta pues, equiparada a la apostasía o a la idolatría.

De la Patria al Reino

Pocas veces en los evangelios aparece el término *patria* [gr. *patris*] (Mt 13,54.57; Mc 6,1.4; Lc 4,23.24; Gv 4,44), y siempre en un contexto fuértemente negativo, indicando un valor o un estilo contrario a lo que propone Jesús.

En el Evangelio de Mateo, con el término *patria* se indica, sin nombrarla, a Nazaret (Mt 13,54), la ciudad del escándalo y del rechazo de Jesús por parte de sus conciudadanos: “*Y se escandalizaban por su causa... Pero Jesús les dijo: Un profeta no es despreciado más que en su patria y en su casa*” (Mt 13,57).

El mensaje de Jesús es indudablemente antipatriótico. No reconoce la existencia de confines, especialmente cuando son los fanatismos raciales y religiosos los que los establecen, y el egoísmo y los intereses económicos los que los defienden.

Basta pensar a la enemistad extrema que existía en su tiempo entre Samaritanos y Judíos (Jn 4,9). Jesús, pidiendo de beber a la mujer samaritana, no solo elimina la proverbial superioridad de los Judíos respecto a los Samaritanos, sino también la del varón respecto a la mujer.

Jesús se muestra independiente tanto de las tensiones entre pueblos, como de las discriminaciones basadas en el género y sexo; no reconoce las divisiones debidas a ideologías, y mucho menos a las de tipo religioso. Ofrece a todos, al extranjero igual que a la mujer, el don del Padre, que no hace distinción alguna entre los hombres, porque su amor se dirige a la humanidad entera (Jn 3,16).

Cuando un pueblo pretende haber sido elegido por Dios, bendecido, predilecto, quiere decir que considera a los otros pueblos excluidos de tal bendición, cuales razas inferiores que hay que someter o explotar, y el Señor queda degradado al puesto de un capellán militar, siempre dispuesto a bendecir a los ejércitos.

El Señor liberó a Israel de la esclavitud en Egipto, porque él es el Dios que libera a todos los oprimidos (Lc 4,18), pero cuanto obró en favor de Israel, el Señor lo ha hecho también para aquéllos otros pueblos que desde siempre fueron sus enemigos históricos (“*¿No sois vosotros para mí como los Etiopes, Israelitas? ¡Oraculo de Yahvé!. ¿No hice yo salir de Egipto a Israel, a los Filisteos de Caftor y a los Arameos de Kir?*”, Am 9,7).

La proclamación del mensaje de Jesús a todos los pueblos producirá el eclipse de las divinidades falsas (*oscurecimiento del sol y de la luna*, Mc 13,24) y la caída sucesiva de los regímenes opresores paganos que, sobre éstas, fundan su poder.

Será la “*caída de las estrellas*” anunciada por Jesús (Mc 13,25). Las estrellas representan, en el lenguaje bíblico, a los reyes que, enorgullecidos por su poder, se arrogaban el rango divino. El hecho de que los reyes se sintieran como astros, denuncia la distancia entre quienes detentan el poder y sus súbditos (es famosa la sátira del profeta Isaías contra el rey de Babilonia: “*¿Cómo es que has caído del cielo la estrella de la mañana?...*”, Is 14,12-14). Los poderosos son las “*potencias que están en los cielos*” (Mc 13,25; Mt 24,29), fuerzas que se presentan como divinidades, y que pretenden usurpar

el puesto de Dios Padre, el único “*que está en los cielos*” (Mc 11,25.26; Mt 6,1). Son fuerzas de muerte en oposición a la fuerza vital, potencias que se colocan en lugar de Dios para ejercer el poder.

La caída, profetizada por Jesús, es un fenómeno que tendrá lugar en cada época, a medida que el anuncio de su mensaje derriba de los pedestales de los poderosos (“*derriba a los poderosos de sus tronos...*”, Lc 1,52).

El anuncio del mensaje universal de Jesús, pone por tanto en crisis a los nacionalismos, que intentarán impedir con todos los medios a su alcance esta proclamación.

Los representantes de la patria, los que en su nombre detienen y ejercitan el poder, no pueden tolerar a los que profesan y propagan una ideología opuesta, y se defienden con violencia de todo aquello que consideran como un ataque o una amenaza al propio prestigio, y a los intereses de la nación (“*Conviene que un solo hombre muera por el pueblo antes que perezca la nación entera*” (Jn 11,50).

Jesús presenta a los suyos una imagen totalmente negativa de los jefes del pueblo. Él no reconoce que existan jefes, (“*Aquellos que figuran como jefes de las naciones, las tiranizan y sus grandes ejercen con abuso el poder sobre ellas*”, Mc 10,42ss), y al poder de los mismos opone un programa de servicio, que tiende a construir una sociedad (el Reinado de Dios), en la que no exista el dominio.

Al concepto de *patria*, Jesús opondrá el de *Reino de Dios*.

En este reino no existen confines, porque el Reinado de Dios se fundamenta sobre una comunicación de amor que no admite límites geográficos, o raciales, y es, por esto, universal, como universal es el amor de Dios, universal no solo por su extensión (en todas partes), sino también por su calidad (para todos).

La *patria* se sacraliza a sí misma (*el suelo sagrado*), poniendo como valor sagrado sus propios intereses; en el *reino*, en cambio, lo único sagrado es el hombre.

Para la defensa de la patria se pueden levantar muros contra los otros pueblos, para la realización y difusión del reino hay que abatirlos (Ef 2,14), porque el amor del Señor, y el bien del hombre, no toleran barreras ni obstáculos.

En un escrito del siglo segundo, un autor cristiano escribe que los cristianos “*Viven en su patria, pero como forasteros; participan en todo como ciudadanos, pero de todo están desapegados como extranjeros. Toda patria extranjera es su patria, y cada patria es extranjera*” (Diogneto 5,1).

de Dios al Padre

Es ilusorio pensar que las religiones puedan traer la paz a la humanidad.

Las religiones son violentas por su propia naturaleza.

Cada religión pretende ser la única absoluta revelación de la divinidad, y como prueba de ello, reivindica la posesión de un texto sagrado, revelado, comunicado, o bien escrito directamente por Dios.

Esta sagrada escritura, considerada expresión definitiva de la voluntad de Dios, confiere el derecho a la religión de dividir a las personas entre fieles e infieles, entre puros e impuros, y de prometer un premio o amenazar con un castigo.

Todo esto produce formas crecientes de violencia moral, psicológica, e incluso física, cuando las leyes civiles lo consienten.

Naturalmente, cada religión esta convencida de ser portadora de paz, y que *Satanás*, o el *Mal*, es algo que tiene que ver con las otras religiones, filosofías o sistemas de poder.

Cada religión está convencida de poseer la exclusiva de la fraternidad y de la paz, pero la historia enseña que, precisamente en nombre de la religión, los hombres se han enfrentado ferozmente los unos contra los otros, matando y masacrando para defender a su Dios (*“Nunca se mata con tanto gusto como cuando se mata en nombre de Dios”*, A. Gala).

A este respecto, no conviene olvidar que el cristianismo ha sido la religión más homicida que haya aparecido en la historia de la humanidad. Ninguna religión tiene tantos muertos sobre la conciencia como el cristianismo. Desde sus inicios, la violencia ha sido nota constante en la Iglesia. Los papas asesinaron a más personas para imponer la religión cristiana, de lo que hicieron los emperadores romanos para contrastarla.

Son incontestables las raíces cristianas de Europa, pero son raíces regadas abundantemente con la sangre de millones de víctimas. La violencia de la Iglesia, de hecho, no tuvo por objeto solo a los “infieles”, musulmanes y hebreos, sino a los mismos

cristianos, tanto los considerados *herejes*, que fueron quemados, descuartizados, como las *brujas*, torturadas y condenadas a la hoguera, y también todos cuantos no se sometían completamente a su poder. Todo ello en nombre de Cristo.

Y en nombre de Cristo han sido perpetrados genocidios y destrucciones masivas; enteras poblaciones y etnias fueron canceladas de la faz de la tierra (baste pensar en los *Aztecas* y los *Mayas*, solo por citar los más conocidos), y otras fueron sometidas, cancelando su cultura, historia y tradiciones.

Es evidente que la adhesión a los principios de textos considerados sagrados, no es suficiente para acabar con la violencia hacia los seres humanos.

No es suficiente un texto considerado sagrado, se requiere que el hombre sea considerado sagrado.

Si el bien del hombre no es puesto en el primer lugar como valor sagrado, no solo los textos del Antiguo Testamento, sino incluso el Evangelio, puede ser usado para hacer el mal en vez del bien. Santo Tomás llega a afirmar, comentando el texto de Pablo “*La letra mata, pero el Espiritu vivifica*” (2 Cor 3,6), que “*Por letra se debe entender toda ley externa al hombre, incluidos los preceptos de la moral evangélica, que pueden matar si no existiera en el corazón del hombre la gracia sanante de la fe*” (I 2^a q.106 art.2).

La Palabra de Dios se revela solo a quienes colocan el bien del otro en el primer lugar de su existencia. Es esta la *verdad* que permite la escucha de la voz del Señor (“*Todo el que está en la verdad, escucha mi voz*”, Jn 18,37). Cuando esto no sucede,

se corre el riesgo de deshonrar al hombre para honrar a Dios, como hace el sacerdote protagonista de la *Parábola del Samaritano* (Lc 10,30-37), el cual, encontrándose ante un herido, no tiene ninguna duda respecto a lo que debe hacer. El respeto de la Ley divina para él es más importante que el sufrimiento de un moribundo. Para respetar la Ley, que prohibía al sacerdote tocar a los heridos (Nm 19,16), sacrifica al hombre.

El mismo evangelio, cuando no está ya al servicio del bien y de la felicidad de los hombres, sino que es usado como instrumento de poder para someterlos, se convierte en portador de muerte más que de vida.

El poder ejercido en nombre de Dios es el más perverso, porque convence a los hombres de la necesidad de someterse a sus representantes como único camino de salvación.

Todo esto hace a las personas no solo esclavas, sino cómplices de esta esclavitud, aceptada y asumida como un valor.

Detrás de la obediencia al Estado y a la Familia se puede ocultar el miedo a eventuales castigos; la sumisión a Dios echa raíces de modo tan profundo en el espíritu del hombre, que le hace pensar que sea justa y necesaria para la propia salvación.

Jesús no pide nunca a los suyos obediencia, y ni siquiera que obedezcan a Dios, a sus leyes, y mucho menos a sus seguidores. El término *obediencia* (gr. *ypakouô*) se halla en los evangelios solo cinco veces, pero nunca referido a las personas, sino en todos los casos se refiere a elementos nocivos y contrarios al hombre: *viento y mar* (Mt 8,27; Mc 4,41; Lc 8,25),

espíritus inmundos (Mc 1,27), o al árbol de la *morera* (Lc 17,6).

A Dios, nombre común a todas las religiones, Jesús sustituye el *Padre*, específico de la fe cristiana.

A la obediencia a Dios, Jesús contrapondrá la semejanza al Padre, a la observancia de la Ley, la práctica del amor.

Mientras que el Dios de la religión discrimina entre creyentes y no creyentes, justos y pecadores, practicantes y no observantes, el Padre, amante de todos los hombres, independientemente de su credo religioso y de su conducta moral, comunica vida a todos, comprendidos “*los ingratos y los malvados*” (Lc 6,35).

Si en nombre de Dios se puede asesinar, en nombre del Padre se puede solo donar la propia vida para los demás.

Ninguna forma de violencia, ni física, ni moral o psicológica se puede ejercitar en nombre del Padre amante de la vida.

El culto a Dio sustraía fuerzas al hombre, el único culto que el Padre desea es la acogida de su amor y su prolongación hacia los otros (Jn 4,21-23).

El culto antiguo suponía una disminución del hombre frente a la grandeza de Dios, el nuevo, por su parte, potencia al hombre y lo eleva cada vez más hacia el Padre.

Es esto lo que hace a Jesús muy peligroso para la religión y para toda forma de poder, y por esto Jesús fué asesinado.

Pero la violencia del poder es también una señal de su debilidad y de su estupidez.

Herodes creía hacer callar a Juan el Bautista, matándolo. Muerto el Bautista surgió una voz mucho más potente y eficaz que la suya, la de Jesús, el Hijo de Dios.

Los sumos sacerdotes creían poder deshacerse definitivamente de Jesús no sólo matándolo, sino haciéndolo con una muerte infamante, la crucifixión, de manera que fuera disipada cualquier duda acerca de él: no sólo no viene de Dios, sino que era un maldito enemigo de Dios.

Pero, asesinado Jesús, su mensaje no se apagó, sino que continuó, creciendo cada vez más. Era la voz del Espíritu que difundía y multiplicaba su enseñanza, confirmando la verdad de sus palabras.

Y las persecuciones que sufrieron sus discípulos a lo largo de la historia, no solo no apagaron la voz del evangelio sino hicieron que se difundiera por todas partes.

Jesús, hombre peligroso, sin duda, pero también hombre victorioso. Unas horas antes de ser arrestado y asesinado, Jesús aseguró a los suyos diciéndoles: “*Ánimo, que yo he vencido al mundo*” (Jn 16,33). La suya no era una promesa para el futuro (*venceré*), sino la garantía para el presente (*he vencido*). Cualquier persona que oriente su vida hacia el bien del hombre, ya es vencedor, porque la vida será siempre más fuerte que la muerte, la luz más potente que las tinieblas, y la verdad más eficaz que la mentira.

Alberto Maggi

Sábado 19

Intervención de Alberto Maggi en el diálogo abierto con el público

El lenguaje de Jesús, y lo de los hombres

Es bien conocida la invitación de Jesús, “*Que vuestro sí sea un sí, y vuestro no un no*”, una invitación para hablar con sinceridad y verdad, sin ficciones o falsas intenciones. Porque, de lo contrario, Jesús advierte, “*lo que pasa de ahí es cosa del Malo*” (Mt 5:37), es decir, del Satanás, el diablo que ha introducido la mentira en el mundo, y él mismo es “*mentiroso y el padre de la mentira*” (Jn 8.44).

El diablo es, en los evangelios, la imagen del poder, que siempre es mentiroso, porque no actúa en función de lo que es bueno para el hombre, sino de lo que es conveniente para los que detienen el poder. Son los “*que a lo malo llaman bueno; y a lo bueno, malo! Transforman las tinieblas como luz, y la luz como tinieblas. Cambian lo amargo como dulce, y lo dulce como amargo*” (Is 5:20).

La verdad es prostituida para servir a los intereses del poderoso de turno, y las mismas palabras se distorsionan en su significado original, y se convierten en instrumentos de dominio y de sumisión.

En los profetas se denuncia el connubio de quienes detentan el poder, incluso el religioso, y las mentiras, desde “*los profetas que profetizan con mentira, y a los sacerdotes que buscan su propio interés*” (Jer 5:31; Is 9,15). La mentira es el hábitat natural de los que quieren mandar (“*porque hemos puesto al engaño como nuestro refugio, y en la mentira nos hemos escondido*”, Is 28:15).

Jesús, que no busca su propio interés, sino el bien de la humanidad, que no le interesa su honor, sino el honor del Padre, es totalmente sincero.

Por eso declara, de frente al sumo sacerdote, que él siempre ha hablado abiertamente al mundo, y que nunca dijo nada en secreto (Jn 18:20).

La sinceridad de Jesús es una cualidad reconocida por sus adversarios: *“Sabemos que eres sincero y que no te importa de nadie, porque tú no miras lo que la gente sea. No, tú enseñas el camino de Dios de verdad”* (Mc 12,14).

El camino de Dios sólo puede ser transmitido según la verdad. Cuando esta es humillada en nombre de la diplomacia, y cuando el bien se sacrifica en nombre de la conveniencia, lo que se transmite ya no es el camino de Dios, sino el del diablo. Y los hombres no escucharán a los mentirosos, porque, como Jesús enseña, *“las ovejas no conocen la voz de los extraños”* (Juan 10:5).

Jesús no dice que el POSEE la verdad, sino que el ES la verdad (*“Yo soy el camino, la verdad y la vida”* Jn 14,6).

Y nunca autoriza a los suyos a detener la verdad, sino a *ser* la verdad, y *practicar* la verdad.

Practicar la verdad, en oposición a obrar el mal (Jn 3,20), significa obrar para el bien de los hombres (Jn 5,29).

Quien detiene la verdad, por el hecho mismo de detenerla, se distancia de los demás, de los que no aceptan su verdad, su doctrina, y se siente autorizado a juzgarlos, como herejes o enemigos.

Quien practica la verdad, está en plena sintonía con el dinamismo de amor del Padre, y se acerca a

todos los hombres, sin juzgar a nadie, porque el bien de los otros es para él lo mas importante.